

*Años atrás, cuando Montesinos imperaba, anoté que la historia del Perú de esos tiempos solo podía escribirse como un atestado policial. La historia del Perú de hoy habrá de escribirse como un expediente judicial.*

**gustavo  
gorriti**

# La CIA y Montesinos

"Lo que no está en el expediente no existe", dicen mis amigos abogados que les remacharon sus formalistas catedráticos en las aulas aquellas donde la inteligencia encajó el peso de los códigos como los pulmones el paso del tabaco.

Aunque por fortuna hay vida más allá (y más acá) del expediente, me temo que ahora vivimos tiempos en los que conviene que la realidad se amolde a esa formalidad.

Es que casi todo lo importante que pase o esté por pasar en el Perú se desarrolla ahora dentro del expediente, en el ámbito judicial. Después de todo, es lógico que lo que empezó como atestado termine como expediente.

Ni los ternos blancos de Carlos Ferrero (que proclaman quizá su incertidumbre respecto de si es el Primer Ministro del Perú o un

exiliado de las Bahamas); ni la tardía vocación escénica de Alejandro Toledo, actor exótico en un documental —que ahora sabemos es para Discovery y no, menos mal, para el National Geographic— con vestimenta presidencial y expresión de chamán urbano; nada compite en importancia con lo que se desarrolla y define —bajo el disfraz de aburridas formalidades e interminables diligencias— en el Poder Judicial, especialmente en su epicentro, los juzgados y las salas anticorrupción.

Será muy divertido (y de repente hasta rentable) ver a nuestro país en un futuro próximo bajo el prisma de "Me Alejandro, you Elianne; he Willy". Pero las cámaras de Discovery no llegarán a los lugares donde el Perú confronta sus fantasmas (con tipificación legal y constancia en acta), y donde se enzarzan en

múltiples y barrocas esgrimas los que quieren castigar el delito con quienes pugnan por que quede impune.

Las salas anticorrupción —sobre todo la primera— son además el lugar donde la verdad confronta la coartada y con frecuencia se impone a ella; donde asimismo pueden surgir verdades nuevas a partir de las ya conocidas. Esos son los fantasmas que perturban sueños y vigiliadas: la presencia de la verdad en los asuntos públicos peruanos y la pulverización de los mediocres espejismos que fungen de imagen y hasta verdad oficial.

Por eso, y además, claro, por las consecuencias que supone, algunas personas, como Dionisio Romero, invierten esfuerzos literalmente cuantiosos en tratar de evitar poner pie en la sala; mientras que otros, como Vladimiro Montesinos, buscan atraer a otros, a muchos otros, a



*Montesinos en juicio pide la comparecencia en calidad de testigo de George Tenet, director de la CIA.*

compartir sala y banquillo con él. Estoy seguro de que Montesinos sonreirá el día que Ernesto Schütz haga su ingreso a la sala y que le hará entender, mediante el Morse de las miradas, que —a diferencia de lo que se decía en los setenta— ahorro no siempre es progreso.

Lo de Schütz es asunto simple: el caso del empresario que se prostituye clandestinamente por codicia y pierde el secreto por avaricia.

Pero hay otros casos más complejos y difíciles. En el juicio que se le sigue por el contrabando de fusiles a las FARC, Montesinos ha pedido la comparecencia en calidad de testigos de por lo menos dos altos funcionarios de la CIA. Uno de ellos es Robert Gorelick, jefe de estación de la CIA en Lima en 1999; y el otro es nada menos que George Tenet, el director de la CIA.

Es poco probable que ninguno de los dos se haga presente en la

sala que sesiona en la Base Naval. Aparte de que está por verse el día en el que la CIA concurre a un juzgado extranjero a dar testimonio voluntario sobre la relación con los espías y agentes de ese país, me parece que ahora podrían alegar exceso de trabajo con una cierta justificación. El greco-americano Tenet —quien acaba de reconocer que la CIA necesita por lo menos cinco años de continuo fortalecimiento para poder hacer frente con eficiencia a la amenaza terrorista— tiene las manos más que llenas, rebosantes diría yo, de trabajo, controversia y reclamos por inteligencia inexacta o engañosa respecto de Irak y de Al Qaeda. Gorelick, quien estuvo en Panamá antes de venir al Perú, parece estar ocupado en asuntos ajenos al hemisferio.

Montesinos sabía eso bien, claro está. El propósito de la petición fue enviar mensajes que sin duda fueron escuchados.

Para poder inferir o quizá apenas adivinar la naturaleza de esos mensajes, hay que conocer por lo menos en lo fundamental la historia y los alcances de la relación de Montesinos con la CIA.

La reseña brevemente a continuación:

Cuando Alberto Fujimori venció sorpresivamente en las elecciones presidenciales de 1990, la Embajada de Estados Unidos en el Perú estaba integrada en gran medida por diplomáticos experimentados, varios de los cuales se habían especializado a lo largo de los años en la diplomacia de crisis. Veteranos de esos años en la Embajada gringa en Lima sirven ahora a su país en Irak, Afganistán, Haití y Sudán, luego de haberlo hecho en El Salvador, Colombia y los Balcanes. Algunos de ellos iniciaron sus experiencias diplomáticas en la azotea de la Embajada de Estados Unidos en Saigón, cuando esa área breve



*En Langley, sede central de la CIA, todavía recuerdan a Vladimiro.*

era todo lo que quedaba de presencia estadounidense en Vietnam y cuando era, además, la única manera de salir del país.

Los conocí a casi todos, y puedo decir que la mayor parte de ellos no eran gente cínica y encallecida sino diplomáticos muy motivados, varios de los cuales desarrollaron simpatía y sensibilidad frente a las terribles amenazas que el Perú enfrentaba entonces. Mucho mayor empatía de la que he visto en otros tiempos y circunstancias en las embajadas estadounidenses en Latinoamérica. Aunque algunos hubieran podido parecer ingenuos (quizá sobre todo los mormones), ninguno lo era; y basta leer hoy los cables desclasificados para ver que se trataba de personal muy bien informado.

Y, sin embargo, pese a la información que existía en la Embajada de Estados Unidos, sobre todo en la DEA, sobre su relación con el narcotráfico, Montesinos logró durante ese año y parte del siguiente establecer una relación privile-

giada con la CIA, que él convirtió en palanca decisiva para consolidar su conquista del poder y mantenerse después en él.

El jefe "de estación" de la CIA en el Perú era en ese tiempo Joseph Marques, alguien a quien hubiera resultado difícil imaginar compartiendo un Martini con James Bond. Calvo, regordete y de breve estatura, Marques mantenía un perfil por lo general discreto.

Cuando Montesinos, después de la victoria de Fujimori, intentó reiniciar su relación con la CIA, no buscó directamente a Marques. De acuerdo con un diplomático que sirvió entonces en la Embajada de Estados Unidos en Lima, Montesinos efectuó una aproximación a la embajada a través de "un funcionario peruano de inteligencia naval, que buscó a un diplomático de nivel alto en la embajada, a quien probablemente creía un funcionario de inteligencia (pero que no lo era). El funcionario peruano presentó a Montesinos a ese diplomático [...]. Montesinos proporcionó información muy específica so-

bre los planes de Fujimori y sobre los nombramientos programados a ese diplomático". Solo después de una llamada telefónica posterior del oficial naval por encargo de Montesinos, para insistir en tomar contacto, se estableció la relación de este con Joseph Marques.

Para Montesinos, eso significó restablecer una relación de inteligencia que se había dado por primera vez en la década del setenta, cuando fue ayudante del entonces primer ministro y ministro de Guerra, Edgardo Mercado Jarrín. El contacto habitual de Montesinos en la Embajada de Estados Unidos en esos años fue un diplomático, James Creagan, que trabajó entonces en la sección política de la Embajada y que luego, después de pasar por Brasil, fue embajador de Estados Unidos en Honduras.

Un diplomático jubilado estadounidense con extensa experiencia en la región me dijo cuando lo entrevisté en Washington que Creagan se enteró posteriormente, con gran desagrado, de que Montesinos había mantenido una relación paralela con un funcionario de la CIA en la Embajada.

Entrevistado por una colega en Roma, Creagan, ahora presidente de la Universidad John Cabot en esa ciudad, se negó a comentar sobre asuntos de inteligencia. Respecto de Montesinos, dijo que lo había frecuentado "[...] más o menos una vez por mes, siempre en restaurantes, abiertamente. Era un joven brillante, que tenía voracidad por la lectura".

El primer contacto de Montesinos con el poder en los setenta terminó, como se sabe, con este en la cárcel, expulsado del Ejército y salvado a duras penas de ser juzgado como espía.

Pero en 1990 Montesinos se encontraba en mucho mejor posición. Lo primero que hizo fue dejar en claro que él iba a ser el punto de contacto del gobierno de Fujimori en todo lo que tuviera que ver con asuntos de inteligencia.

La CIA no tuvo objeciones, pero otros funcionarios de la Embajada de entonces sí, y muchas. "El debate empezó poco después de que Fujimori asumiera el poder", dice un ex funcionario de la sección política de la Embajada, "cuando Montesinos apareció en todo lo ancho de la pantalla del radar. Fue el debate clásico: hasta los *narcos* tienen derecho a tener abogado [...] ¿cómo sabes que [Montesinos]

fue un abogado SUCIO? Y si lo fue, ¿qué importa? Especialmente si sabe qué es lo que está pasando y tiene ganas de decírnoslo [...] ¿acaso vas a encontrar sacristanes en un burdel?".

Para alguna gente en la Embajada, se trataba de un burdel excesivamente 'maleado'. Había funcionarios, como el entonces agente especial de la DEA Paul Provencio, por ejemplo, que habían investigado durante años a la organización narcotraficante de Reynaldo Rodríguez López y tenían en consecuencia un conocimiento de primera mano sobre los lazos de Montesinos con el narcotráfico. Otros funcionarios del Departamento de Estado que mantenían contacto cercano con fuentes policiales y que tenían acceso a inteligencia relacionada con el narcotráfico, como Luis Moreno (actualmente el número dos en

la Embajada de Estados Unidos en Haití), y Janice Elmore —actualmente en Sudán—, expresaron su oposición inequívoca a mantener una relación con Montesinos que iba a terminar protegiéndolo. Su oposición fue desestimada.

Joseph Marques —ahora jubilado y nada dispuesto a conceder entrevistas— defendió entonces su relación con Montesinos con argumentos a veces sorprendentes. Luego de que funcionarios de la sección política de la Embajada expresaran enfáticamente preocupaciones y temores respecto de violaciones de derechos humanos relacionadas con Montesinos, Marques visitó en 1991 a uno de los funcionarios principales de esa sección y le echó "una volqueteada de argumentos [*did a long dump*] diciendo que Montesinos era un seguro para la democracia. Dijo que Montesinos podía evitar un



Fujimori se negó a recibir a los embajadores de Estados Unidos durante casi toda la década.



golpe porque tenía penetrados a los militares. Era entonces un seguro para la democracia [...] le pregunté que de dónde había sacado esa información. Se me hizo el chistoso. Dijo que tenía una colección de *Caretas* en su baño".

Para ese muy experimentado funcionario, la visita de Marques "fue la positiva evidencia de que Joe tenía un interés creado en [Montesinos]. Joe pensó que Montesinos nos pertenecía. Al final terminamos perteneciendo a Montesinos".

Otro funcionario diplomático me dijo en 1992 que Montesinos había dejado "boquiabierto [*bamboozled*]" a Marques. Hay que reconocer, sin embargo, para no ser injustos con Marques, que este percibió el tremendo potencial que Montesinos le ofrecía como fuente de inteligencia. Tal como argumentó retóricamente otro diplomático principal de ese tiempo: "¿Cómo debe reaccionar el gobierno de Estados Unidos frente a un gobierno [el de Fujimori] que persiste en enviar mensajes y por lo menos alguna información confiable a través de un personaje de dudosa reputación?".

Hay además algo que decir en favor de Marques. A él le tocó

supervisar la cooperación cuidadosamente calibrada que ofreció la CIA al GEIN, el grupo de policías que capturó a Abimael Guzmán y con ello ganó la guerra contra Sendero. La ayuda de la CIA resultó básica y poco costosa, pero lo más importante fue el apoyo implícito que dio al GEIN, protegiéndolo así de los amenazadores celos y las agresivas suspicacias de los "duros" en las Fuerzas Armadas y la Policía, que de otra manera bien pudieran haber llevado a la destrucción del GEIN. Ese fue quizá el logro estelar de Marques, mientras que su apoyo a Montesinos resultó ser su más grave error.

¿Acaso Montesinos hubiera podido lograr el poder que conquistó sin contar con el apoyo del gobierno de Estados Unidos? "Lo dudo", dice un ex funcionario de la sección política de la Embajada de Estados Unidos; "[Montesinos] utilizó sus contactos en forma magistral para reforzar su posición".

La relación privilegiada de Montesinos con la CIA fue su mayor fuente de fuerza durante la década de 1990. Esa relación se convirtió eventualmente en el canal principal para las relaciones bilaterales entre el Perú y Estados Unidos.

Aún ahora hay funcionarios y ex funcionarios estadounidenses que defienden la decisión de establecer y mantener la relación con Montesinos. "¿Qué deberíamos haber hecho?", pregunta un diplomático con larga experiencia en asuntos de seguridad. "¿Canalizar nuestros contactos a través de una desinformada e impotente cancillería que había sido eviscerada en una campaña antihomosexual de reminiscencias hitlerianas? La lección que hay es que gobiernos defectuosos producen relaciones defectuosas, y que el camino purista no es automáticamente el más correcto".

Claro que cuando Montesinos puso todas las acciones antidrogas bajo el control directo del SIN en 1991, es decir, suyo, los funcionarios estadounidenses antidrogas de la DEA y el Departamento de Estado rugieron de indignación. La CIA apoyó a Montesinos y logró acallar las protestas.

Así, mientras Fujimori se negaba a recibir a los embajadores de Estados Unidos durante casi toda la década —les tuvo especial ojeriza a Alvin Adams y a Dennis Jet—, Montesinos recibía de lo más contento al jefe de estación de la CIA. De manera que gran parte de la diplomacia bilateral se llevó a cabo a través del "canal de inteligencia". El control casi total que Montesinos llegó a tener sobre el Estado peruano le hizo fácil los arreglos expeditivos de problemas planteados por sus interlocutores. Los gringos lo empezaron a conocer como "Mr. Fixit" (Don Arreglatodo").

*Nada habían aprendido los estadounidenses de su relación con Noriega y con tantos otros gánsters en posición de poder. La conveniencia inmediata de recibir información con comodidad y ventaja los llevó a no percatarse de que esa relación servía mucho más a los Noriegas y los Montesinos que a ellos.*



"Mr. Fixit" en plena performance.

"Don Arreglatado" logró a fines de la década el sueño de todo gángster: poder actuar como tal y ser premiado por su lucha contra el delito. En 1998 y a inicios de 1999 el entonces jefe de estación de la CIA, Don Arabian, le escribió varias cartas panegíricas a Montesinos, ensalzándolo hasta la extravagancia por su papel en la lucha antidrogas, específicamente por la captura de la banda de "Los Camellos", casi al mismo tiempo que Boris Foguel, uno de los jefes de esta banda, refería que Montesinos les había cobrado protección y colaborado con ellos. Poco antes, *Vaticano* había revelado la complicidad de Montesinos con su propia empresa narcotraficante y Roberto Escobar Gaviria, el hermano de Pablo Escobar, había descrito en detalle la relación que tuvo su hermano con "Don Arreglatado".

Nada habían aprendido los

estadounidenses de su relación con Noriega y con tantos otros gángsters en posición de poder. La conveniencia inmediata de recibir información con comodidad y ventaja los llevó a no percatarse de que esa relación servía mucho más a los Noriegas y los Montesinos que a ellos, de que los consolidaba en el poder, de que confería impunidad a sus crímenes, y de que mientras solucionaba un problema en el presente, creaba otros diez en el futuro.

Aunque Montesinos, igual que Noriega, tuvo defensores en el gobierno de Estados Unidos hasta el final, llegó un momento en el que la suma de sus fechorías, incluyendo el contrabando de fusiles a las FARC, excedió su posible beneficio. En el complejo debate interagencias que define la política exterior estadounidense llegó el momento en el que quienes siempre se opusieron a mante-

ner relación con Montesinos –funcionarios del Departamento de Estado, del Consejo de Seguridad Nacional, *staffers* importantes del Senado y la Cámara de Representantes y hasta algunos funcionarios de inteligencia– crearon la masa crítica que terminó con el apoyo a "Mr. Fixit". Cuando funcionarios tan disímiles como Morton Halperin y Róger Noriega, entre otros, coincidieron por completo en ese aspecto, los amigos de Montesinos en Langley tuvieron que allanarse y callar. El resto vino después en las calles y las plazas, pero también en las negociaciones y presiones que neutralizaron la capacidad de acción de un crecientemente desesperado Montesinos en las semanas decisivas del año 2000.

No. Ni Tenet ni Gorelick vendrán a declarar. El único que puede hacerlo es el propio Montesinos. ■